

JITANJÁFORA Y POESÍA.-

Carlos Lebrón Saviñón

*Zumba mamá la rumba y tambó,
mabimba, mabomba, mabomba y bombó*

He aquí dos versos elaborados con el recurso de la *jitanjáfora*, enigmática y sonora.

La *jitanjáfora* aromó, por primera vez, el alma de una mujer, en la etapa auroral de sus años, y retozó en su pensamiento, para que de sus palabras naciera una nueva figura literaria, cuyas raíces parecen aflorar en el pasado poético de Góngora, así de lejano, en el inquieto acervo del barroco. Fue como un duendecillo que aleteó en la mente de esa niña, la que queriendo imitar a su progenitor, que era poeta, quiso esculpir versos, pero a falta de los recursos de su padre, antojadizamente, en búsqueda de rimas, inventaba palabras sin sentido.

Uno de los términos que la niña utilizó fue el de *jitanjáfora*.

Su duende familiar, travieso y juguetón, le inspiró un magnífico vocablo: con él logró accionar un nuevo ingrediente poético, que se hizo idóneo y frecuente en la poesía afroantillana, a la que, indebidamente, llaman *negroide*, ya que mejor sería nominarla *mulata* pues su temática es del ámbito de la llamada América Mulata.

Su contenido, de indudable valor y henchido de pinceladas sangrantes y pintorescas, enciende el misterio y esplendor del trópico e influyó en poetas de Sudamérica y extendió sus tentáculos sonoros hacia Venezuela, México y Brasil en sus incursiones afroamericanas.

No incluimos en este estudio el movimiento en una época de oro de los "spirituals" norteamericanos, porque se apartan del ámbito del vanguardismo afroantillano en cuanto a tiempo y geografía. Tampoco fueron parte del coro de poetas negroracial antillano, la pléyade de afamados poetas negros de los Estados Unidos de Norteamérica, con alas de alta inspiración como Langston Hughes, Paul Lawrence, Carlos Mc.Kay, Countee Culler, Gwendolyn B. Bennet, Lewis Alexander y Carrie Williams Clifford, quienes se coronaron en su época como los mejores cantores de denuncias y protestas sociales a favor de su raza.

Pero, en fin, ¿qué es la *jitanjáfora*?

De acuerdo con el poeta y crítico cubano Luis Mario la creación del término se debe a Mariano Madrigal Brull, su compatriota, quien lo usó por primera vez. El firmaba sus escritos omitiendo su primer apellido: Mariano Brull.

La mayor de las tres hijas del poeta, que entonces era una niña, recitaba en su casa un “poemita” que su padre le había dedicado.

Este poema lúdico y festivo se recreaba con estos versos:

Fitiflama alabe cándore
ala alaúnea alífera
alveola *jitanjáfora*,
liris salumba salífera

La que antecede es una versión. Pero hay otra más socorrida que relata que la niña leyó un poema que escribió y dedicó a su padre, en el cual usaba la palabra inventada y éste, entonces, le preparó el poema que reproducimos. Desde aquel momento el notable humanista mexicano Alfonso Reyes, afín con la familia Brull, llamaba *jitanjáfora* a la niña. En última instancia: la insistencia con el término de parte de Alfonso Reyes, lo incorporó al lenguaje del contexto poético negrista en sus significantes rítmicos y festivos, hartos de rimbombancias y onomatopeyas.

Al tam tam de los candombes
Oé nené
Adombre ganga mondé
Candombe del baquiné...

La *jitanjáfora* se hizo útil en la definición de un tipo de versificación sin conceptos como una especie de trabalengua musical.

Pero aunque el término es moderno ya estaba presente el sentido novedoso en el Siglo de Oro español, refrescante en el canto novedoso de Góngora:

Zambambú,
Moreno del Congo
Zambambú.

Ya aún de Lope de Vega:

Ya a bailá benimo
de Tumbluctú

a Santo Tomé.

Luego Miguel de Unamuno jugó con la *jitanjáfora*.

Entre los dominicanos que han coqueteado con ella, al margen del negrismo, se nos antoja citar a Zacarías Espinal y Vigil Díaz.

Luis Mario es prolijo al encarar el tema ("Ciencia y Arte del verso castellano". Ediciones Universal. Miami 1991).

Este término novedoso no ha logrado el aval de la Real Academia Española, pero Fernando Lázaro Carreter le da cabida en su "Diccionario de términos filológicos con la siguiente definición:

"Nombre inventado por Alfonso Reyes (1929) para designar palabras, metáforas, onomatopeyas, interjecciones, estrofillas, etc., carentes de sentido pero que constituyen un fuerte estímulo para la imaginación".

El fuerte de la *jitanjáfora* es la onomatopeya, en la que está presente el canto sonoro de la naturaleza: la música del beso, el canto de las aguas, el suspiro de las alas, el arrullo de los follajes, el fular del viento, el monótono grillar de la noche, el bum bum de tambores, el chacharear de las maracas...

La profesora cubana María Linares Pérez nos da una acertada definición de la *jitanjáfora*.

"Juego de los sonidos, la musicalidad y la fruición de las palabras, el disparate armónico". ("La poesía pura de Cuba".- Colección Nova Ed. Playos, S. A. Madrid 1975).

A veces la fuerza fonética del verso llega a absorber su sentido ideológico y la poesía negra entra en el dominio de la *jitanjáfora*.

De la Vega y Pamiés nos informan:

"La *jitanjáfora* es la forma poética del lenguaje mágico, la supervivencia literaria de las misteriosas expresiones de las liturgias y los conjuros hechicerescos que todavía se mantienen vivos y pegados en ciertos oídos, por la arrebatadora fuerza hipnótica y emotiva de sus ritmos".

Pero el nombre de este vocablo, neologismo esencialmente enmarcado en los poemas de motivos negroides de tendencias

rítmicas, surge mucho después atribuido a Alfonso Reyes, porque la tendencia a inventar palabras ha sido siempre patrimonio de muchos escritores y de poetas clásicos y modernos.

Para dar una idea del potencial que ofrece la poesía afroantillana casi con fuerza orquestal, y la contagiosa tendencia a entremezclar jitanjáforas con voces africanas, ofrecemos este ejemplo que nos aporta Gertrude Stein:

Bena Kamba Kilemba, Kalunga,
 Calabar, Katanga, Difunde.
 Yambuya, Uganda, Kasongo.
 Congo, Tumba, Mololo, Boloko;
 Kamalongo:
 Lusambo, Basoco.

Si observamos cuidadosamente esta pseudo estrofa de seis versos notaremos que no se trata de palabras mágicas obedientes a un ritual, sino una lista de nombres de países de África.

El primero en señalar a Mariano Brull como creador del vocablo con el que lucubramos fue su pariente, el poeta cubano Luis Iñigo Madrigal. Advertimos que Brull no fue poeta negrista por lo que observamos que Madrigal le arrebató a la hija mayor de aquél, Silvia Brull, la gloria de haber creado, con su inocente galimatía poética, un vocablo que ha hecho fortuna.

Iñigo Madrigal afirma:

“...las jitanjáforas se suelen constituir,
 en voces afronegroides, o en topónimos
 africanos que funcionan como significantes
 carentes de significados, pero otorgan cierto
 “sabor negro al conjunto”.

Por todo lo dicho definimos a la *jitanjáfora* como la facultad que tiene el poeta de introducir vocablos inventados en un poema para lograr en los versos ritmo y sonoridad verbal sin buscarle sentido.

Nicolás Guillén en uno de sus poemas festivos, Canto negro, nos deleita con estos términos:

Congo, Solongo del Congo...

Es en realidad un juego de palabras. Y Guillén comienza su poema con este repique de voces:

“Yambambó, -Yambambé”

Y en otra parte, con gracia singular nos dice:

¡Chin! ¡Chin!

¡Chin!

Aquí va el soldado muerto.

¡Chin! ¡Chin! ¡Chin!

De la calle lo trajeron.

Panes, apunta que la *jitanjáfora* es la forma poética del lenguaje mágico.

Ponemos otro ejemplo de versos con *jitanjáforas*, intraducibles, in genuos pero expresivos y sinfónicos de la Danza negra del puertorriqueño Luis Palés Matos:

Calabó y Bambú.

Bambú y Calabó.

Calabó y Bambú.

Bambú y Calabó.

El Gran Cocoroco dice: “tu cu tú”

La Gran Cocoroca dice: “to-co-tó”

Calabó y Bambú.

Bambú y Calabó.

Nos interesa la opinión que sobre el tema recoge Luis Alberto Sánchez en su Panorama de la *Literatura actual*. (Santiago de Chile. 1935):

“En Shakespeare se encuentran juegos de palabras ocasionales que caracterizan su gran libertad estética. Pero, realmente, en nuestros días es cuando esa tendencia crece y se codifica”.

Insistimos: Nos refiere Alfonso Reyes que escuchando cierta vez a una hija de Mariano Brull recitar unos versos de su padre, compuestos sin sentido alguno, le subyugó la palabra *jitanjáfora*, y le llamó así a todo vocablo absurdo y, sobre todo, cuando tiene sonancia africanoide.

Es curioso que Silvia, la hija mayor de Mariano Brull le diera por recitar un poema disparatado, ingenuo e infantil de su padre.